



ESPAÑA PUEDE: RECUPERACIÓN, TRANSFORMACIÓN Y RESILIENCIA

Madrid, 31 de agosto de 2020

Buenos días,

Quisiera, en primer lugar, agradecer a los miembros del Gobierno y también a las personalidades de distintos ámbitos de nuestra sociedad, del mundo empresarial, del mundo económico, el haber acudido a la llamada del Gobierno.

Hace justo dos años escogí este mismo lugar para dirigirme a los españoles y a las españolas, cien días después de asumir la responsabilidad como Presidente del Gobierno. En aquella ocasión empecé mi intervención afirmando que no siempre elegimos las circunstancias en las que hemos de vivir, sino que son las circunstancias son las que en muchas ocasiones nos obligan a elegir a todos.

Hoy, en el curso de una pandemia que asola al mundo entero, puedo repetir aquellas palabras con más motivo. Son los acontecimientos extraordinarios, inéditos, dramáticos también que estamos viviendo que también representan enormes ventanas de oportunidades. Esos acontecimientos extraordinarios que nos ha tocado vivir los que motivan y condicionan nuestras actuaciones políticas, empresariales y sociales.

Una pandemia que ha irrumpido en la normalidad de todos y cada uno de los rincones de la Tierra forzándonos a responder ante una emergencia sanitaria, económica y social sin precedentes, al menos en la historia de la humanidad de los últimos cincuenta años. Esta vez no se trata de un problema de una clase, aunque es cierto que estamos viendo que en esta segunda oleada la pandemia está afectando sobre todo a las clases más vulnerables, aquellas clases más desasistidas, más débiles desde el punto de vista social y con menos recursos económicos es evidente que la pandemia no afecta a una clase a un gobierno o a un país determinado, esta vez el problema afecta a todas las clases, a todos los gobiernos y a todos los países.

Este virus viene a poner de manifiesto una vez más algo que hemos venido diciendo en reiteradas ocasiones a lo largo de estos últimos años hasta incluso sin la presencia de la pandemia y es que somos una única humanidad, y que si el virus no hace distinciones entre los seres humanos, pues tampoco los seres humanos tenemos que dividirnos en el combate contra este enemigo común que es el virus. Nadie tiene derecho a bajar el hombro, a no arrimar el hombro, porque tenga una ideología contraria al gobierno de turno, ya sea un Ayuntamiento, una Comunidad Autónoma o el Gobierno de España en el caso que nos ocupa, porque tenga una identidad distinta, o unos intereses opuestos, porque solo de la unión de todos, de los más posibles, no de la unanimidad pero si la unión de todos, de los más posibles, nos dará una verdadera oportunidad de vencer definitivamente al virus. Solo la unión nos dará esa estatura necesaria para poder abordar con garantías la escala del problema que tenemos por delante.

Nuestra forma de vivir, nuestra vida cotidiana, aquella que creíamos asegurada para siempre en una sociedad que se ha educado bajo la cultura del riesgo cero, de tener aparentemente todo controlado, se ha visto modificada de manera rápida pero también muy profunda. Y cada vez es más obvio, al menos para los que estamos aquí presentes, que la evolución de la pandemia y sus consecuencias afectan y van a seguir afectando durante los próximos meses a nuestra vida cotidiana, a nuestras relaciones sociales, a nuestras relaciones familiares e incluso también a la política, a la economía. En definitiva al conjunto de nuestro país.

Con datos del 28 de agosto, el total de contagios asciende en nuestro país a 439.286 casos; los casos diagnosticados en la última semana son 43.747; los ingresos en UCI, son 129 personas; y desgraciadamente 129 compatriotas han perdido la vida esta semana como consecuencia del COVID-19.

Me gustaría una vez más, en nombre de todos los integrantes el Gobierno de coalición y también de mi persona transmitir mi pesar, nuestro profundo pesar a todas las personas que han perdido a sus seres queridos a causa de este virus, todavía un gran desconocido para la ciencia y mortal como estamos sufriendo en nuestras propias carnes.

Todos nosotros y nosotras trabajamos desde los distintos ámbitos que están aquí representados por conquistar al virus espacios que habíamos perdido durante los meses más duros de confinamiento. Espacios de vida personal, laboral, cultural y social en definitiva, pero es evidente que no está resultando una tarea fácil para nadie. Y, sin embargo, por difícil que resulte –y esto es lo que me gustaría trasladar al conjunto de la ciudadanía- nuestra única posibilidad es intentarlo una y otra vez hasta que el avance científico ahuyente por completo el virus y recobremos plenamente la actividad económica y social.

Ningún traspies va a impedirnos levantarnos; tras cada revés lo que tenemos que hacer es avanzar de nuevo, ningún retroceso parcial que tengamos que ver o ser testigos de ellos nos va a privar de esa ansiada victoria final. En esa tarea todos podremos equivocarnos, sin duda alguna, pero lo que no podemos permitirnos es rendirnos.

Soy consciente, el Gobierno sin duda alguna es consciente en todos y cada uno de sus integrantes, del sentimiento que genera la incertidumbre en las familias, en los hogares, lo estamos viendo. La incertidumbre de esta pandemia, ¿qué es lo que va a ocurrir al día siguiente? No solamente en términos de ciudadanía sino también en términos familiares. La incertidumbre la familia, la incertidumbre en las empresas, la incertidumbre en las cooperativas, en los trabajadores y trabajadoras autónomos, en quienes han perdido sus empleos o en aquellas personas, sobre todo en las generaciones más jóvenes que se están haciendo adultos atravesando

una crisis tras otra. Hace diez años una crisis económica y financiera y hoy una emergencia sanitaria, indudablemente con consecuencias económicas y sociales.

Soy consciente, somos conscientes desde el Gobierno también de que el principal anhelo que tenemos todos y cada uno de los españoles y españolas es la tranquilidad para poder desarrollar nuestro proyecto de vida. La tranquilidad de no sentir amenazada nuestra salud. Cosas tan esenciales como la salud, como la vida. No sentir amenazados nuestros trabajos, no sentir amenazado nuestro futuro y sobre todo el futuro de aquellos que más nos importan, que más nos interesan que son nuestros hijos y nuestras hijas.

Me hago cargo, nos hacemos cargo desde el Gobierno de la enorme incertidumbre que estamos atravesando como consecuencia de la pandemia, de la necesidad de seguridad que siempre demandan a las Instituciones y a los responsables políticos el conjunto de ciudadanos y ciudadanas. Del daño que en consecuencia nos causa esa ausencia de seguridad y de certidumbre. Todos recordamos con incredulidad los días que precedieron a esta pesadilla, en incluso hay todavía personas a las cuales les cuesta aceptar aún que sea real todo esto que nos está sucediendo al conjunto de la humanidad. Pero no tenemos otra opción. No tenemos otra opción, primero que empatizar con esa demanda de seguridad y también con esa ausencia de certidumbres, pero no tenemos otra opción que superar todas estas dificultades y revertir unidos esa situación.

Es cierto que nuestro país -si miramos la vista atrás y hacemos un recordatorio de nuestra historia- ha sido golpeado con dureza en otras muchas ocasiones. Y es cierto que, en esta ocasión a diferencia de lo que ha ocurrido en otras ocasiones, España no va a estar sola para erguirse de nuevo. Sí estuvo sola desgraciadamente tras la Guerra Civil y la 2ª Guerra Mundial, cuando vimos pasar de largo la comitiva del Plan Marshall que sí socorrió al resto de la Europa occidental; volvió a estar sola hace diez años sobre todo las familias más

vulnerables, cuando la fiebre de la austeridad hizo recaer el coste de la crisis económica y financiera sobre los más débiles, debilitó nuestros sistemas de protección social que aún estábamos recomponiendo antes de la emergencia de esta pandemia y el esfuerzo de resistencia recayó sobre las familias.

En esta ocasión –y esto creo que también es un punto importante de diferencia respecto a crisis precedentes- Europa ha sabido estar a la altura. Europa no se ha desentendido de la suerte de Europa. El acuerdo del Consejo Europeo del pasado mes de julio me parece que representa un hito inédito en la historia de la construcción europea, un hito que moviliza a escala continental unos recursos sin precedentes, a la altura y con la magnitud del desafío que tenemos por delante desde el punto de vista económico y social. 140.000 millones de euros durante los próximos seis años, a gestionar pero definir durante los próximos tres años. De ellos, 72.000 millones de euros serán en forma de transferencias directas. Y ahí reside una enorme oportunidad. Una enorme oportunidad de transformar, de corregir y de convertir a nuestra sociedad mucho más resiliente desde el punto de vista social y económico.

El Gobierno está avanzando los preparativos del Plan Nacional de Recuperación, Transformación y Resiliencia, que va a trazar la hoja de ruta de la recuperación y también responder a los próximos retos de década.

Será el Plan que llevemos a las instituciones comunitarias. Un Plan que, según las estimaciones del Gobierno, impulsará el crecimiento económico en el largo plazo de nuestro país por encima del 2% del producto interior bruto.

Un plan que se inspira en la Agenda 2030 que está muy presente en las políticas del Gobierno de España y en consecuencia en los Objetivos de Desarrollo Sostenible marcados por Naciones Unidas y que se construye sobre abundantes trabajos previos, las medidas normativas y económicas aprobadas en estos

meses con el fin de mitigar el impacto de la emergencia sanitaria y facilitar la recuperación rápida y sostenible.

Sucede en ocasiones en la historia de los países que un gran acontecimiento imprime un giro brusco en el rumbo de las sociedades. Pero otras veces como, es el caso, una gran calamidad no cambia el rumbo de las naciones pero si acelera ese rumbo.

Esto es lo que ha sucedido en esta ocasión con la gran pandemia del COVID 19. Lo he hablado con muchos de ustedes a lo largo de estos últimos meses. Golpeados por una desgracia como la que estamos viviendo hemos tomado plena conciencia de que debemos acelerar algunas de las transformaciones que ya necesitábamos antes de la pandemia.

Este Plan pretende acelerar las transformaciones que ya precisaba España. Las que necesitaba antes de la pandemia y que ahora necesita con más urgencia, con más perentoriedad.

En primer lugar. Si antes España necesitaba un impulso de transformación digital, sobre todo entre las pequeñas y medianas empresas, ahora el apremio es aún más perentorio. En circunstancias críticas hemos comprobado que el futuro del trabajo pasa por lo digital, que el futuro del ocio pasa por lo digital, que el futuro de la educación pasa por lo digital y que otro tanto sucede con el comercio, con los contactos interpersonales, y hasta incluso como hemos comprobado en estos meses de pandemia, nuestra salud pasa también por lo digital. Simplemente un datos para que seamos conscientes de la magnitud de esta transición digital que tenemos que abordar. Alrededor del 40% del producto interior bruto europeo estará digitalizado pasado mañana, en el año 2021. Por tanto es preciso transformar las capacidades de nuestra ciudadanía, sobre todo de nuestros trabajadores y trabajadoras y también el potencial de nuestras empresas. Sobre

todo aquellas que representan el principal tejido productivo de nuestro país, las pequeñas y medianas empresas y también la economía social.

Es mucho lo que España tiene hecho en este terreno. Es evidente que tenemos mucho avanzado en las nuevas tecnologías en el 5G, particularmente en las infraestructuras digitales gracias al aporte de las grandes corporaciones tecnológicas, donde evidentemente estamos aventajando a los demás países europeos. Pero aún es más lo que nos queda por hacer en el ámbito de la transición digital en nuestro tejido empresarial. Sobre todo en las pequeñas y medianas empresas. Ahí es donde está el futuro de nuestro país. Es algo que ya sabíamos antes de la pandemia, lo he escuchado en muchos de los interlocutores que están aquí presentes, pero ahora sabemos con la certeza que proporciona la experiencia que esta transformación digital la tenemos que acelerar durante los próximos meses y durante los próximos años.

Y junto con la transición digital, la transición ecológica. Antes de nada me gustaría trasladar en nombre del Gobierno la solidaridad con el pueblo andaluz, con el pueblo extremeño, también con otros territorios de nuestro país que están sufriendo dos extremos de una misma emergencia que es la emergencia climática. El extremo de los incendios en el sur de nuestro país pero también el de las tormentas y granizadas en otras partes de nuestro país.

La península Ibérica como ya nos decía la ciencia hace muchos años va a ser un lugar donde el cambio climático se sienta con mayor impacto y como consecuencia tenemos que acelerar esa transición ecológica si queremos garantizar no solamente la prosperidad social de nuestro país sino también el porvenir como comunidad.

Si antes España necesitaba —como el mundo entero— una transición ecológica sin demora, ahora es preciso adelantar nuestros plazos y también nuestros mejores planes.

En primer lugar, porque si antes hablábamos en abstracto de una emergencia climática; ahora después de esta emergencia sanitaria, todos y cada uno de los ciudadanos de nuestro país es plenamente consciente del alcance de la palabra emergencia. Hemos vivido lo terrible que puede llegar a ser el impacto de la naturaleza sobre nuestra salud y en nuestra vida cotidiana. Y, en segundo lugar, porque de las energías limpias y todo lo que viene acarreado con la transición ecológica en el ámbito de la economía circular —por citar otro ejemplo— son esos cambios derivados los que nos van a plantear un extraordinario impulso económico que ahora necesitamos más que nunca. En el ámbito del crecimiento económico potencial, en el ámbito del empleo y sin duda alguna también en el ámbito de la creación y perdurabilidad de muchísimas empresas.

España —y esta es una de las grandes noticias igual que en la transición digital— ya cuenta con empresas y también con un tejido asociativo cuyos productos y servicios luchan para frenar el consumo de plásticos y residuos. España cuenta con empresas, con colectivos que están a la vanguardia que emplean únicamente materiales reciclados, o con compañías que proveen a sus clientes con energía 100% verde. Nada de esto es algo completamente nuevo, lo sabemos, aquí hay empresas líderes en el mundo precisamente vinculadas con la transición ecológica. Todo estaba ya en la conciencia de nuestra sociedad antes de la emergencia de la pandemia de la COVID-19, solo que ahora si somos realmente conscientes de que esos cambios son tan inexorables como descomunales y urgentes.

Y junto con la transición digital y la transición ecológica la cohesión territorial y la cohesión social. El Fondo de Recuperación Europeo también tiene una lógica en

su naturaleza que lo explica y es el que no haya divergencias territoriales, que el mercado único se ensamble y no se ensanchen las diferencias entre distintos territorios. Esto mismo puede ocurrir en nuestro país. Ya ocurrió con la crisis económica de 2008. Hubo una divergencia no solamente en términos sociales sino que también en términos territoriales. Y este es un Gobierno, y esta es una sociedad que quiere garantizar la igualdad de oportunidades, de derecho y de acceso al bienestar social en todos y cada uno de los territorios, en todos y cada uno de los rincones de nuestro país. Por eso, si antes España necesitaba mejorar su cohesión social y territorial, esta nueva crisis ya lo hace inaplazable e inexcusable. No podemos tolerar más desigualdad ni tampoco más desequilibrios. Hay que cerrar brechas, hay que acabar con la pobreza severa –por ejemplo entre los niños de nuestro país, más de dos millones de niños sufre pobreza infantil-, como hemos empezado a hacer por cierto gracias al esfuerzo de todo el Gobierno de coalición con la aprobación de una medida inédita como es el Ingreso Mínimo Vital.

¿Es una cuestión de justicia? Si lo es. Es una cuestión de justicia, desde luego que sí. Pero es además una cuestión de eficacia económica. La energía y la resiliencia de las sociedades –y lo hemos aprendido durante los últimos meses- dependen sin duda alguna de su capital económico, es decir, de la suma de los bienes, de los servicios, de los recursos financieros. También del capital humano. Pero también –y me gustaría abordar y complementar esta necesidad- con capital social, es decir, con la confianza, con la cooperación que exista entre los distintos miembros de esa sociedad.

Y para que exista confianza y para que exista cooperación se requiere algo básico y algo esencial que estoy convencido de que la ciudadanía cuando lo escuche lo compartirá, y es reciprocidad. Y la desigualdad extrema y la pobreza precisamente lo que hacen es reducir ese sentimiento colectivo y restan energías. Sin cohesión social no hay progreso duradero. Sin cohesión social no hay sentimiento de

comunidad. Pongámoslo en términos muy cotidianos. Dos personas separadas por un abismo de desigualdad social, por un abismo de recursos económicos no se sienten parte de una misma comunidad. Y sin comunidad no hay respuesta eficaz a ninguna crisis y mucho menos a una crisis de la envergadura que estamos afrontando. Cuando se impone la consigna del “Sálvese quien pueda” la experiencia es que casi nadie se salva en esa tesitura.

Necesitamos cohesión social para sumar todas las energías a la empresa de la recuperación que nos convoca el conjunto de la ciudadanía. Y también necesitamos cohesión territorial. El planeta, mucho antes de la pandemia, mucho antes de la emergencia sanitaria cruzó una línea insólita en el año 2008. Por primera vez una mayoría de seres humanos pasaron a residir, no en entornos rurales sino en medios urbanos. Nuestro país ha cruzado esa línea hace ya muchos años. Y desde entonces se ha acelerado esa tendencia de concentración urbana sin medidas que eviten la despoblación, el empobrecimiento de las zonas rurales, la disminución de oportunidades para sus habitantes, el abandono, que está detrás de alguno de los incendios que estamos viendo, de espacios naturales. Hay que aprovechar esta oportunidad, este cambio de mentalidad que imprime la pandemia —mejor que ninguna otra— para impulsar la cohesión territorial.

Debemos devolver al mundo rural e insular su capacidad de generar prosperidad y en consecuencia de generar oportunidades. Garantizar en él, en el medio rural, en el medio insular, servicios y derechos que permitan una vida más plena para sus habitantes y un desarrollo mucho más armónico y sostenible para el conjunto de nuestro país.

Si me permiten la concatenación una España digital propicia una España cohesionada. Y una España cohesionada en lo territorial facilita una España verde.

En cuarto lugar, junto con la transición digital, con la transición ecológica, junto con la cohesión social y territorial y para que nadie quede atrás y ningún territorio quede atrás. Del mismo modo: necesitamos sumar a esta empresa a todos pero también a todas. Si antes España necesitaba asentar una agenda feminista, ahora, después de la pandemia, esa necesidad es aún más evidente, aún más perentoria.

Las mujeres, desgraciadamente como ha ocurrido también en crisis previas, son el colectivo que más han sufrido las consecuencias sociales y económicas de esta crisis, igual por cierto, como he dicho antes, que en crisis pasadas. Son las que han dedicado más tiempo y más esfuerzo a los cuidados. Los meses del COVID dejan en evidencia que un programa feminista no es solo un programa para mejorar las condiciones de las mujeres, que ya con eso bastaría, es un programa para mejorar las potencialidades del conjunto de la sociedad española.

Por tanto son cuatro vías de trabajo en las que debemos aplicar todo nuestro talento y nuestro coraje como país:

En primer lugar una transformación digital que modernice nuestra economía, que eleve el crecimiento potencial, que cree empresas, que perduren gracias a esa transición digital y sin duda alguna también que creen empleo, que no excluyan socialmente.

En segundo lugar una transición ecológica que mejore las condiciones de vida, que legue a las generaciones futuras un planeta sostenible y que cree empleo de calidad.

En tercer lugar una apuesta inquebrantable por la cohesión, como principio vector de toda acción pública. La cohesión social y la cohesión territorial para hacer que la justicia social sea también el otro envés de la moneda.

En cuarto lugar un cambio feminista en las mentalidades y en las reglas sociales que hagan a nuestra sociedad una sociedad más digna y más

humana a la vez que se beneficia plenamente del talento y de la energía de la mitad de la población, que es la población femenina.

Lo decía antes. No siempre elegimos cuándo ocurren las cosas. No siempre elegimos las circunstancias en las que estas cosas ocurren. Pero lo que sí podemos elegir es: uno la determinación y dos el sentido con que afrontamos estas circunstancias. Y estamos ante una disyuntiva y tenemos que optar entre dos caminos. Podemos optar por unidad o podemos optar por las viejas divisiones y las antiguas querellas.

Lo hemos comprobado en la lucha contra la gran pandemia del COVID-19, sobre todo en su primera fase. Fuimos capaces de doblegar la curva cuando todos actuamos unidos, cuando respondimos unidos.

A nadie se le ocurriría, por ejemplo, que fuese posible doblegar aquella avalancha de contagiados, de circulación del virus contando solo con la mitad de los profesionales sanitarios, con la mitad de los militares, de la mitad de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. A nadie se le pasaría por la cabeza contener al virus ni a cualquier enemigo con una sociedad dividida en dos o con una sociedad enfrentada.

Lo hicimos juntos y lo conseguimos juntos. Esa es la lección que tenemos que sacar de lo ocurrido durante estos últimos meses. Frenamos la ola más feroz y destructiva de la pandemia.

Y ahora es el momento en el que, además de mantener la batalla contra el virus, nos toca relanzar nuestra economía, nuestras empresas y también crear empleo. Es el momento de darle a España la verdadera dimensión de sus posibilidades y también de sus potencialidades.

A veces las españolas y los españoles sentimos que no se reconocen nuestras cualidades, nuestros valores, nuestras virtudes como sociedad. Y quizá deberíamos empezar por reconocérnoslas nosotros mismos. Porque en muchas ocasiones se habla mejor fuera de España que dentro de España como nos recordaba el director del Instituto Cervantes en una reciente entrevista que hizo a un medio de comunicación. Somos un país admirable. Y esto no es una lectura ni una disección autocomplaciente de todo lo que tenemos que hacer en nuestro país, ahí está la desigualdad, ahí está la falta de oportunidades de nuestros jóvenes, ahí está la violencia machista, por citar cuestiones que tenemos pendientes o el paro estructural que sufren personas de mi generación de más de cincuenta años. Pero somos un país admirable. Y lo somos no solo por aquellas cosas en las que siempre nos hemos reconocido como admirables cuando estamos con nuestros amigos y nos definimos como sociedad. Nuestro patrimonio, nuestra cultura, nuestras lenguas diversas, nuestra filosofía de vida, nuestro carácter emprendedor, nuestro carácter abierto. Lo somos por eso, claro que sí. Pero también somos admirables por aquellas otras cosas en las que en muchas ocasiones hemos flaqueado o mostrado dudas. Somos admirables por nuestro potencial industrial, somos admirables por nuestro talento científico y también por nuestra capacidad cultural, somos admirables por nuestra capacidad de alcanzar acuerdos o nuestra disciplina social que nos ha permitido entre otras cuestiones, en momentos muy duros de la pandemia plantearnos una disciplina social que nos permitió doblegar la curva y mantener a raya al virus antes del verano.

¿A dónde quiero yo llegar? Pues que la leyenda negra que puede resultar más dañina es la que nace dentro de nuestro país. El peor mal de España ha sido siempre no creer en sí misma. Y debemos desterrar para siempre esa desconfianza sobre todo ahora que estamos enfrentando una crisis inédita

durante estos últimos cien años. Eso es lo que dice este lema: España puede, si España quiere. Esa es la condición.

España puede porque ya nos lo hemos demostrado en el pasado. Lo hemos hecho antes. España vivió las primeras tres cuartas partes del siglo XX una historia dramática, turbulenta. Desgraciadamente vivimos también una larga dictadura. Tuvimos dificultades para la modernización del país, atravesamos las esperanzas quebradas por el golpe de Estado a la República, y sufrimos 40 años de dictadura, de franquismo.

Esa historia nos lleva, a veces, a no apreciar en su justa magnitud lo que hemos logrado durante estos últimos 40 años. Insisto, y no es un diagnóstico autocomplaciente porque tenemos todavía que hacer muchas cosas en el ámbito social y en el ámbito económico. Pero este es un país en el que no hay ninguna justificación para no apreciar lo que hemos logrado en estos más de cuarenta años de democracia. Un país del que debemos sentirnos tremendamente orgullosos. No sentirnos orgullosos, debemos sentirnos tremendamente orgullosos. Un país que ha sabido siempre convertir las amenazas en grandes éxitos colectivos.

Echemos la vista atrás. En 1975, antes de ayer en términos históricos, salimos de una larga y sangrienta dictadura. Hoy somos, con todas las dificultades, con todas las carencias porque tenemos que continuar haciendo mucho en ello, una de las 20 democracias plenas del mundo.

En 1975, es decir antes de ayer, teníamos una economía anquilosada, unas infraestructuras tercermundistas. Todos lo recordamos cuando íbamos a la costa desde Madrid. Y hoy somos una economía moderna.

En el 75, no había libertades, no había derechos civiles. Hoy somos un país referente por su libertad sexual, respeto y defensa de la comunidad LGTBI.

En el 75, las mujeres estaban sometidas a los hombres y no desde el punto de vista cultural sino también legal. Hoy España es noticia a nivel mundial por su compromiso en la defensa del feminismo.

En el 75, Europa nos cerraba sus puertas a cal y canto porque no éramos una democracia y hoy estamos en el núcleo de decisión de la Unión Europea.

En el 75 éramos un país completamente centralista, sin autonomías, que no reconocía ni constitucional ni socialmente, en muchas ocasiones, la diversidad territorial y cultural de nuestro país y hoy se respeta la lengua castellana como la vasca, como la lengua catalana, como la lengua gallega. Es patrimonio del conjunto de la sociedad española. Y hoy somos el segundo país más descentralizado del mundo.

En el 75, recordémoslo porque fue antes de ayer, el terrorismo causaba estragos y dolor en el corazón de la sociedad española. Se ha visto reflejado en algunas series que hemos visto últimamente en nuestro país. Y hoy somos una democracia orgullosa de su triunfo sobre la violencia.

Nuestra transformación como país ha sido colosal. Es cierto que queda mucho por hacer. Y eso es lo que justifica la política. No estamos ante el fin de la historia, al contrario. Queda mucho por hacer, hay muchas injusticias que tenemos que resolver. Somos un país que en todo caso hemos hecho una gran transformación. Somos el país de la excelencia turística y también el país de la fibra óptica. Somos un país de tradición agrícola pero también somos el país de la alta velocidad. Somos un país antiguo, con todo lo bueno que ello conlleva, lleno de historia y de riqueza cultural, y somos también un país dinámico a la vanguardia de muchos derechos que están siendo puestos en cuestión hoy no por países sin tradiciones democráticas sino por países con tradiciones democráticas.

Que a nadie le quepa duda: España puede abordar los retos que se proponga. Cualquier de los retos que se proponga. España puede, durante esta década, dar un salto de gigante. En prosperidad, en igualdad social y en cohesión territorial. Tenemos la voluntad, tenemos los recursos, tenemos el talento y el coraje para lograrlo.

Y esto no es una mera tarea del Gobierno. Por eso es tan importante el acto que hoy estamos representando conjunta y colectivamente. Esta no es una tarea en exclusiva del Gobierno de España, de cualquier Gobierno, ya sea un Gobierno Autonómico o un Gobierno Municipal de cualquiera de los signos políticos que ahora mismo tenemos en nuestro país. No es una tarea meramente política. Esta es una tarea que interpela y convoca al conjunto de la sociedad de nuestro país.

Una tarea —hoy especialmente— que interpela a los científicos y científicas. A ver si nos dan una buena noticia pronto. De todos ellos, de todos los científicos y de todas las científicas. No de una mitad de los científicos frente a la otra mitad de los científicos en función de lo que piensen o de lo que voten. Porque en ellos está la palanca de nuestro progreso, de nuestro desarrollo empresarial, y ya hemos aprendido en nuestra emergencia sanitaria de nuestra propia salud, de nuestra propia seguridad y de nuestra proyección social. Que no olvidemos nunca lo importante que es la ciencia para el progreso y la seguridad de todos y de todas.

Una tarea también de todas las empresas que sostienen la estructura económica de nuestro país. Desde la automoción hasta el turismo, por citar solo dos de los que en estos momentos se están viendo más afectados como consecuencia de esta emergencia sanitaria. De todos los sectores económicos, de todos los empresarios, también de todos los trabajadores. No de la mitad de ellos que votan a una u otra siglas.

Una tarea de los emprendedores que, al arrancar un pequeño negocio, hay sea una *startup* o ya sea una cooperativa de la economía social que es muy importante en nuestro país convierten a España en una de las naciones más dinámicas de Europa, con ciudades como Madrid y Barcelona a la cabeza de proyectos. De todos los emprendedores, no de la mitad que profesa creencias frente a otros que profesan otras creencias.

Una tarea también de los profesionales de la música, a los cuales agradezco además su resiliencia en estos momentos, del arte, de la danza, de la literatura, del cine, del teatro, de toda la industria que les da soporte a la cultura, tan importan en nuestro país. No de una mitad contra otra. No del cine contra el teatro o del teatro contra la danza. Porque la cultura, toda la cultura, es aquello que nos representa como sociedad y defiende nuestros valores más humanos.

Una tarea también de los trabajadores y de los empresarios, a los cuales quiero agradecer el esfuerzo que están haciendo durante estos meses tan difíciles por llegar a acuerdos. Esta es una tarea de todos los empresarios de todos los trabajadores ya sean empresas grandes, ya sean empresas pequeñas, que en la medida de sus capacidades aportan al esfuerzo del progreso del conjunto de la sociedad. Insisto de nuevo, de todos ellos, de todas ellas, no solo de una parte; menos aún de una parte frente a otra. Podemos hacer ese ejercicio, podemos imaginarnos el final de una empresa en la que los empresarios mantuvieran un enfrentamiento sistémico con los trabajadores o una empresa con una dirección dividida en dos mitades irreconciliables.

Una tarea también de los agricultores y los ganaderos, que defienden esa España a la que antes apelaba que es la España anclada a la tierra que es tan necesaria. Más necesaria aún después de la pandemia. Y de todos, de nuevo, no solo de esta o aquella mitad de entre ellos.

Una tarea de quienes, en estos últimos meses, han estado en la primera línea de la lucha contra la pandemia y que siempre, todo el año, están en la primera línea para luchar por nuestro bienestar, por nuestra seguridad y nuestra salud pública. Los profesionales sanitarios, los trabajadores y trabajadoras sociales, las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, las Fuerzas Armadas, los transportistas, los empleados de los pequeños comercios, de los grandes comercios de primera necesidad. Una tarea de todos ellos, como sucedió en los minutos más duros, más dramáticos y extremos de hace muy pocas semanas en nuestras ciudades y en nuestros pueblos. No de una parte, todavía menos de una parte contra otra.

Y una tarea —lo he dejado para el final porque considero además a mi juicio el pilar que sostiene todo el edificio social de nuestro país de toda comunidad como la nuestra— que es el profesorado y nuestros jóvenes. Los maestros y maestras, los profesores y profesoras. De los primeros, porque son quienes hacen grande a nuestro país, quienes difunden y asientan no solamente los conocimientos, que con ello ya es importante sino también los valores y en definitiva el futuro de todos nosotros que son nuestros hijos y nuestras hijas. Y en segundo lugar, nuestros jóvenes porque serán ellos los encargados de revitalizar la sociedad por la que trabajamos. Una vez más, insisto en esta idea, de todos, no de una parte.

Por eso quiero decirles que España quiere, y que si España quiere, España puede; eso sí, hemos de querer muchos. Si no todos, cuantos más mejor. Tenemos por delante 40 meses decisivos de una legislatura crucial.

Lo dije al principio de mi intervención: no siempre elegimos, lo hemos visto no solamente en nuestras vidas como consecuencia de la pandemia sino también antes de ella. No siempre elegimos las circunstancias en las que hemos de vivir; a veces las circunstancias son las que nos obligan a elegir a todos. Y este Gobierno que presido, el primero de la historia de la democracia en coalición, recibió un mandato electoral inequívoco y también reiterado. Porque no lo dijo una

vez sino que lo dijo en dos ocasiones el pueblo español cuando fue convocado en elecciones generales el pasado año 2019. Pero entre nuestras previsiones y entre nuestros planes no figuraba esta calamidad de ver la emergencia de una pandemia como el COVID en nuestro país, en nuestro continente y en el conjunto de la humanidad que ha trastornado nuestras vidas de lado a lado y de arriba abajo. Y en estas circunstancias que nos obligan a elegir, el Gobierno lo tiene claro, elegimos UNIDAD. No división, no enfrentamiento, no confrontación. Elegimos unidad, unidad y unidad.

España debe entenderse con España, como Europa se entendió con Europa en el mes de julio para fijar ese rumbo de recuperación.

La clave es que necesitamos hacerlo entre todos. España ha sido golpeada por la mayor calamidad en forma de una pandemia del último siglo al igual que el conjunto de sociedades de la tierra. Nada puede volver a ser como antes de que el fatídico virus irrumpiera en nuestras vidas de manera tan dramática. Eso lo saben las familias, eso lo sienten los trabajadores y también los empresarios y empresarias, lo perciben los alumnos, también los maestros, los pequeños y los medianos empresarios, los jóvenes y los mayores. ¿Cómo no vamos a darnos por enterados los partidos que representamos a esa sociedad? ¿Cómo podríamos seguir con nuestros antiguos hábitos, con nuestras antiguas costumbres, con nuestros antiguos clichés? ¿Cómo podríamos seguir como si todo fuera como antes?

El desafío es tremendo, es apabullante. Es una sociedad combatiendo cuerpo a cuerpo, como estamos viendo en todos sus espacios por mantener a raya un virus que es mortífero —desde las escuelas que van a abrir esta semana hasta las empresas que abrieron ya hace meses, desde los hogares hasta los hospitales—. Es un mundo que ve detenerse súbitamente sus engranajes comerciales, sociales, culturales. Este es un país que ve desplomarse su riqueza, dos dígitos

este año, por razones que nada tienen que ver con sus fundamentos económicos, con la productividad, con el trabajo, con el ahorro.

El desafío es tan ingente que nos ha de convocar a todos. Es el mayor reto en un siglo y no puede enfrentarlo y menos superarlo una parte de la sociedad, una parte de la población, una parte de la política, una parte de la economía, una parte del país. No puede superarlo media España dando la espalda a la otra media. Menos todavía media España contra otra media.

Les confesaré que me choca oír en el debate público, en el debate político, también en los medios de comunicación, hablar de “las Comunidades Autónomas del PP”, o de “las Comunidades Autónomas del PSOE”. Para empezar, las Comunidades Autónomas son de todos los ciudadanos, no del partido que las gobierna circunstancialmente. Hemos comprobado en esta crisis terrible, dramática, que no hay un virus de derechas ni virus de izquierdas. Hay un virus que nos amenaza a todos y a todas.

No hay contagiados, ni hospitalizados ni fallecidos de uno u otro color político. No hay fallecidos de derechas o izquierdas. Hay fallecidos, hospitalizados, infectados de todos. Igual que hay sanitarios, militares, policías, limpiadores, maestros, empresarios que trabajan para todos y a todos nos protegen. Y del mismo modo deben comportarse las instituciones públicas: trabajando para todos. Y así se está comportando y se comportará —se lo garantizo— el Gobierno de coalición, pensando en todos los españoles, comenzando desde luego por aquellos que más necesitan el amparo de la acción política, de la acción pública.

En consecuencia, la primera condición sería esa para superar con garantías ese drama, esta emergencia sanitaria, económica y social. La primera condición es avanzar en la unidad frente a la pandemia. Desterrar la pelea partidista de la lucha contra el virus. Ese ha sido el *leitmotiv* de la acción del Gobierno.

Necesitamos junto a ello, en segundo lugar, algo básico, algo esencia y son instituciones sólidas. ¿Las instituciones que son? Las instituciones son la expresión material del pacto de convivencia que una sociedad se otorga. Nosotros contamos con una Constitución que plasmó un propósito de concordia y que abrió hace 42 años un periodo insólito e inédito de paz civil, democracia y de prosperidad en nuestro país. Podemos apoyarnos en la Constitución, también en las instituciones que contiene para el esfuerzo de recuperación que nos aguarda. En todas las instituciones que ampara. Y repito, en todas las instituciones que ampara. No solo en algunas seleccionadas o entresacadas a capricho del interés político de un u otro partido.

No solo en ciertos momentos propicios: a las duras y a las maduras. Es cuando debemos ejercer esa convicción de fortalecer nuestras instituciones públicas. Las Comunidades Autónomas, por ejemplo, son parte esencial en su título octavo de la Constitución Española y debemos invocarlas y respetar sus competencias en primavera y también en otoño. El Poder Judicial es un poder esencial del Estado y debemos invocarlo cuando conviene y también cuando incomoda y debemos siempre cumplir con el artículo 122 que fija su renovación puntual y a la cual ya estamos llegando tarde. Y junto con el Consejo General del Poder Judicial que es el órgano del Gobierno de los jueces, El Tribunal Constitucional que es el intérprete máximo de la Constitución. A él se consagra precisamente un Título íntegro de la Carta Magna que es el 9º. Debemos velar por su actualización y honrar el mandato constitucional siempre y no cuando se nos antoja.

Y otro tanto sucede con otras muchas instituciones que necesitan de renovación, como es por ejemplo el Defensor del Pueblo, la figura que contempla nuestra Constitución en el artículo 54.

En definitiva, para recuperarnos necesitamos trabajar unidos, y para trabajar unidos necesitamos instituciones sólidas, legitimadas, actualizadas.

Y necesitamos junto a ello, además de la unidad, además de esas instituciones robustas. Y eso es lo que pido en este curso político que empieza necesitamos un nuevo clima político. Un clima político marcado por la estabilidad y por la unidad. El Gobierno de coalición que encabezo puede garantizar la estabilidad del ejecutivo durante los 40 meses de legislatura que tenemos por delante, por descontado. Así lo comprometo. Pero, siendo imprescindible, la estabilidad no basta. Precisa de la máxima unidad. Una unidad que se imponga sobre los viejos clichés y los viejos hábitos anteriores a la pandemia.

Porque nos aguardan retos enormes, inimaginables. Retos insuperables con las viejas fórmulas. Solo abordables con el esfuerzo de todos o, cuando menos, el esfuerzo de muchos, el esfuerzo de los más.

Quiero que se me entienda bien porque no estoy apenlando a la unanimidad. No soy ingenuo, quiero que se me entienda bien. La gravedad de la situación no exige que nadie abandone sus convicciones, no lo pedimos desde el Gobierno, ni siquiera sus preferencias. Tampoco lo pedimos. Cada cual puede seguir adherido a su particular escala de valores. Puede situar en una u otra posición el valor del progreso o el de la conservación de los valores tradicionales en una sociedad. Puede inclinarse por un mayor grado de uniformidad territorial o por un mayor grado de diferenciación territorial.

Nadie debe renunciar, el Gobierno de coalición no pide renunciar a ninguna de esas convicciones o preferencias políticas que tenga cada cual. Solo pedimos acompañarlas al momento excepcional e inédito que nos ha tocado vivir. Debe compaginar esas convicciones, esas preferencias, esa ideología con un bien superior que es la recuperación del país.

Sé bien que no cabe aspirar a la unanimidad. De sobra sabemos que existen fuerzas políticas que se autoexcluyen antes incluso de cualquier propuesta, o existen sectores sociales –lo hemos visto en nuestro país pero también lo estamos

viendo en otras sociedades como la alemana- que responderán negativamente aún antes de conocer la pregunta. Lo sabemos.

Pero España necesita a muchos arrimando el hombro; si no todos, sí los más. Lo necesitamos. Cuanto más amplia sea la base social, cuanto más amplia sea esa base parlamentaria que sostenga ese esfuerzo de recuperación, mejor que mejor. Más rápida será la reacción y más pronto sentiremos los resultados de esa recuperación todos y cada uno de los colectivos que estamos aquí representados y que representan al conjunto de nuestro país. Más vidas preservaremos, más empresas protegeremos y más empleos recuperaremos y crearemos.

En definitiva ¿cuál es la síntesis de todo esto? Unidad. Unidad es la palabra clave. El desafío al que nos enfrentamos solo podremos abordarlo con la máxima unidad; si no de todos, sí de los más. De todos los dispuestos a arrimar el hombro.

La unidad, para empezar, entre las distintas administraciones, en un país compuesto, descentralizado como es el nuestro. Esa es la unidad, por ejemplo, entre las Comunidades Autónomas, los Ayuntamientos y el Gobierno de España. Con la promoción que estamos haciendo, de la cooperación, de la coordinación y de ese nuevo término que se ha acuñado ya en el debate público y político como es el de la cogobernanza, y que vamos a seguir desde el Gobierno de coalición promoviendo sin cesar.

Unidad también entre los agentes sociales, una unidad que se ha plasmado en dos acuerdos para prorrogar los ERTE, estamos llamados precisamente en esta semana también a debatir sobre esta cuestión y con quienes suscribimos –y esto quiero agradecerlo en primera persona- el pasado 3 de julio el Acuerdo por la Reactivación Económica y por la creación de Empleo.

Y unidad entre las fuerzas políticas con presencia parlamentaria. No hay soluciones sin diálogo. No hay diálogo sin entendimiento. Y no hay entendimiento sin política de altura.

Es tiempo de acuerdos, es tiempo de encuentros, es tiempo de negociación, es tiempo también de honestidad.

Es tiempo de la España de queremos construir.

Tenemos una legislatura dilatada por delante. Será estable porque ese fue el mandato y la voluntad de los españoles expresada en las urnas y materializada en el Gobierno de coalición. Pero nos toca ahora decidir si además de ser estable y dilatada esta legislatura queremos que sea fecunda. Eso ya depende de muchos, depende de todos y de todas.

Podemos redoblar nuestras fuerzas sumándolas o podemos anularlas restándolas. Nadie ganaría por el segundo camino. Nadie puede beneficiarse del daño colectivo de esta emergencia sanitaria, económica y social. De nosotros, de todos y cada uno de nosotros y nosotras depende que la legislatura, además de larga, sea fructífera. Y no me cabe ninguna duda de que va a ser así. De que va a ser estable, de que va a ser larga y de que sobre todo va a ser fructífera en beneficio del conjunto de la ciudadanía.

En este espacio reducido, con un aforo limitado a diferencia de hace dos años –y quiero de nuevo agradecer también la presencia de todos ustedes- en un aforo lógicamente aún más mermado como consecuencia de las precauciones sanitarias, se agrupa un centenar largo de personalidades de muy distintos oficios, de muy distintas ocupaciones, de distinto género, de distinta procedencia geográfica, de diferentes ideologías y también de diferentes creencias.

Más de un centenar de personas que, con seguridad, expresaron preferencias políticas muy dispares en las últimas elecciones de hace 10 meses, el mes de noviembre. Y, sin embargo, estoy seguro de que, por encima de sus diferencias, comparten una misma esperanza, un mismo anhelo, una misma voluntad y es ver a nuestro país erguido marchando hacia el futuro. Y estoy además convencido de que están listos para sumar sus esfuerzos y para lograr ese empeño común.

Lo decía al comienzo de mi intervención: los hechos pueden sobrevenirnos, pueden sin duda alguna sorprendernos, pero es nuestra la capacidad de hacerles frente y de doblegarlos.

Creo, como ustedes, en España, en sus gentes, en su potencial, en su capacidad. Lo tenemos todo para salir adelante. Si España quiere, España puede, pero tenemos que querer muchos, cuantos más mejor.

¡Muchas gracias!